

Hoy escribe JAIME GUZMAN

De nuevo "Moya"

REGRESANDO de hacer clases en el Campus Oriente de la Universidad Católica, he palpado muchas veces la molestia de ciertos choferes de micros al ver subir a muchos estudiantes que pagan pasaje escolar, los cuales —como es natural— se aglutinan en elevado número en el paradero próximo a un recinto universitario.

Confieso que esa molestia me resultaba desagradable. Hasta que una vez, después de recibir el pago del pasaje escolar de varios estudiantes cuyo aspecto indicaba su clara proveniencia de familias medias o acomodadas, el chofer le dijo a una señora mayor que subió a continuación, y cuya pobreza era ostensible: "No me pague, señora. Me da vergüenza cobrarle un pasaje normal, cuando Ud. es mucho más pobre que todos estos jovencitos que acaban de pagar pasaje escolar".

Es posible que la actitud de ese chofer pueda merecer objeciones. Tal vez si no era dueño del vehículo, no le correspondía ejercer esa generosidad con lo ajeno. Pero no puedo negar que su reacción me pareció explicable y,

en todo caso, encerraba cierta verdad sobre el pasaje escolar y los subsidios en general.

EL tema ha vuelto a mi memoria, a propósito del drástico rechazo público que este diario recogió frente al anuncio de que se estudiaría la racionalización del pasaje escolar. Aun cuando esas opiniones callejeras proviniesen de la errónea creencia de que se pensaba suprimirlo, la mayor parte de ellas revelaba una incomprensión frente a la realidad de los subsidios.

Muchos parecieran no advertir que todos los bienes y servicios tienen un costo real. Lo "gratuito" encierra el riesgo de hacer creer que el objeto o servicio que por determinación estatal se recibe gratis, o a un precio rebajado de su valor real, no tiene en verdad el costo que efectiva-



mente tiene, y que alguien está pagando.

Ese "alguien" fue el que tiempo atrás popularizó el ex Ministro de Economía, Pablo Baraona, llamándolo "Moya". Quien recibe el subsidio lo disfruta, pensando que "paga Moya". Y así tranquiliza también a veces su conciencia la autoridad que lo decreta.

Pero "Moya" es una manera desaprensiva de aludir al Estado. Y detrás del Estado está cada uno de los chilenos, ya que los ingresos estatales se obtienen de los impuestos que —entre otros— también pagan los asalariados (a lo menos a través del impuesto único que se les descuenta) e incluso hasta el ciudadano más po-

bre por medio del IVA de los bienes que consume.

Resulta evidente que si se pretendiera obligar a los dueños de microbuses a transportar pasajeros a precios insuficientes para cubrir sus costos y obtener una razonable utilidad, no existiría servicio privado de locomoción colectiva. Para mantener el pasaje escolar, el Estado debe bonificar o subsidiar a dichos empresarios. Y lo mismo se aplica a una movilización colectiva estatal.

NO sostengo —ni nadie ha pretendido— que el pasaje escolar gratuito o rebajado deba terminarse. Creo que él constituye un subsidio estatal muy justo y apropiado para los hijos de familias de escasos ingresos. Pero lo que estimo digno de aplauso —y no de rechazo precipitado— es que se estudie su racionalización, a fin de que él ojalá beneficie sólo a los estratos **más pobres**, y no a aquéllos más acomodados. Como debiera idealmente ocurrir con **todos** los subsidios.

¿Es acaso justo de que muchos hijos de familias ricas o medias acomodadas del país, se movilicen subsidiados en parte por los impuestos de otros chilenos más pobres? Esa es la realidad actual, y no me parece justa, aun cuando decirlo sea impopular y acarree ciertas incomprensiones viscerales,

"¿Es justo que los hijos de familias ricas o medias se movilicen subsidiados por los impuestos que pagan otros chilenos más pobres?"...

La Seg. 4 - XII - 87